

Luis Rodeiro: Capturado en el combate de Williams Morris, donde mueren los Montoners Abal Medina y Ramos:

Atendido sanitariamente por Irma cuando estaba detenido y torturado en Coordinación Federal Buenos Aires junto a Héctor "Pelusa" Carrica en esa dependencia (1970).

Compañeros:

Miles y miles de seres humanos, generalmente jóvenes y hasta adolescentes, pasaron a ocupar una categoría tétrica y fantasmal, la de los "desaparecidos", dice el prólogo del Nunca Más.

Los arcángeles blindados encarnados en el poder, durante la última dictadura militar, tienen en su haber la creación de esta palabra que nos proyecta en toda su dimensión, de asesinos, y de cobardes. ¿Quién puede olvidar el rostro cínico del genocida gral. Videla declarando : "No están vivos ni muertos, están desaparecidos", mientras su cara esbozaba una sonrisa y su mano, un gesto abstracto, indefinido y ruin, ¿quién puede olvidar?

El único antídoto posible es la memoria, y en nuestra memoria están los compañeros asesinados, en mente, miserablemente, con una cobardía y una hazaña que no tiene paranoia, en la historia de las manifestaciones, más oscuras y más siniestras en la humanidad. Allí están intactos en nosotros, en nuestra memoria, con sus gestos, sus sonrisas, sus formas de hablar, sus silencios, conducta, sus solidaridades, sus corazones abiertos, sus compromisos. Y en estos necesarios e imprescindibles ejercicios de memoria todavía nos falta describir miles y miles de historias, porque precisamente, rescatar un gesto, recordar una sonrisa, repetir su palabra, evocar su silencio, reivindicar su conducta, agradecer su solidaridad, enarbolar sus corazones abiertos, resaltar su compromiso, es un pequeño compromiso ético.

Hoy es un día especial, un ejercicio de memoria, que deberíamos a una mujer corajuda, pensar por un momento en ella y en su entrega es reconocer la arcilla generosa, con que están hechos los sueños, de justicia y libertad.

Debo pedir perdón, porque para hablar de ella, tengo que hacer una referencia personal, que para nada es o puede ser el centro de recuerdo, yo estoy todavía vivo, ella, inmersa en aquel sustantivo del terror de Videla y cía: "desaparecido". Ella era como dice el Poeta: "La que tenía tiento en los ojos, y los asesinos no la dejaron pasar".

En septiembre de 1970, caí preso en la provincia de Buenos Aires, lamentablemente en aquella ocasión, dos compañeros murieron, y otros pudieron darse a la fuga. Aún cuando la condición de detenido en aquella época de la dictadura lanussista, fue pánico reflejo de lo que vendría después, (con asesinos poteneceistas. Era dura, ciertamente. Aquellos primeros días de preso habían sido críticos, las fuerzas interiores no me habían fallado, las sesiones de interrogatorios habían sido intensas, por cierto, violentas.

Fui derivado a la cárcel de Mercedes, y posteriormente trasladado a la coordinación federal, donde retornaron los interrogatorios, pero para ese entonces ya tenía levantada la incomunicación, estaba en contacto con los abogados, con los familiares, con el calor de las también mujeres, anónimas, para mí, que integraban la comisión de solidaridad de la C.G.T. de los argentinos, que me hacían llegar alimentos y cigarrillos.

Los federales habían llegado tarde a la posibilidad de la violencia física, y se divertían haciendo otros tipos de maldades, como impedirme dormir, por ejemplo. Creo que se soslozaban de una quemadura prematuramente pequeña, pero profunda, a un costado se la rodilla derecha, adquirí en aquellos primeros días la intención, y que infectada mal olía y se llenaba de pus, y que habían decidido no hacer el mismo esfuerzo.

Como compañero de celda me encontré con un joven a quien no conocía, pero que al instante que llegué me brindó un enorme afecto compañero, el tercer habitante de la celda era un cura cordobés, el cura Rojas, de una entereza ejemplar que además de ser un portador de una gran amistad con el compañero Emilio Maza pasaban los días de prolongada detención. Ellos y Pelusa Carrica desde su juventud impetuosa, y este cura humilde me acogieron con ese aspecto cómplice, pero que comparte un ideal más allá de las organizaciones o los grupos a los que se pertenece. Es allí, cuando surge la estatura solidaria de aquella mujer de la que estamos hablando. Irma Carrica, enfermera de profesión, luchadora social, militante política, tremendamente orgullosa de su hijo y tremendamente solidaria con la causa de liberación, y con los hombres y mujeres de carne y hueso, que intentaban con acierto, y con errores, con grandeces y pequeñeces, hacer la dignidad. Causa que conocía desde sus entrañas, en la que estaba involucrada y que, con la humildad de las mujeres comprometidas, se convirtió en ala protectora de esa herida maloliente. Buscó los intersticios para curarla, protestó ante los jefes policiales, concertó citas con mi familiares para que coincidiéramos en la hora de visitas. Por cierto triunfó, y la herida se curó. Queda tan sólo una cicatriz, que en lo personal, más que el odio de los torturadores, me recuerda siempre al amor solidario de Irma.

A las semanas fui trasladado a Córdoba, y al tiempo Irma apareció por aquellas tierras a controlar la evolución de esa pequeña herida.

Pasaron algunos años, pero el 25 de mayo de 1973, cuando llegamos liberados de la cárcel de Rawson, en la sede del partido Justicialista en la Avenida La Plata, Pelusa e Irma, estaban esperándome para un abrazo enorme y prolongado.

No la vi más. Pero este hecho de solidaridad activa que relato, de apariencia insignificante fue reproducido una y otra vez, con la misma humildad, con la misma persistencia, manteniendo en alto su condición de luchadora social y comprometiéndose cada vez con mayor intensidad, y con mayor entrega, desafiando a los asesinos, protegiendo a los compañeros, amando revolucionariamente.

Desde entonces siempre me he preguntado: Qué había entre Irma y yo, qué había entre los compañeros que estábamos presos, más allá de una relación humana de compasión ante un hecho o circunstancia desgraciada, qué había entre los compañeros más allá de la celda, qué hacía ignorarlos o confiar ciegamente en ellos. Qué había entre Irma y Pelusa, ambos tremendamente orgullosos el uno del otro, ¿sólo una ligación filial? Ó ¿la simple relación humana entre cercanos? Pertor Reeks en la adaptación de la novela "Madre" de Gorki, al teatro, incorpora una canción que canta ella: Madre militante y corajuda, al enterarse de que su hijo ha sido fusilado. O pronto pierden las madres a los hijos, suelen decir continuamente, pero yo conservo a mi hijo. ¿Cómo lo conservé. ? Por medio del tercer vínculo. Él y yo éramos dos, pero el tercer vínculo común, forjado en común, fue lo que nos unió. ¡Qué cerca estuvimos uno del otro por este vínculo estrecho!

En este acto de justicia, en este ejercicio de memoria en este homenaje, a una militante del tercer vínculo, esta relación está más allá de la relación madre e hijo, de hermana-hermano, de compañero de trabajo y compañero de trabajo, de amigo a amigo. Que sólo se forja en la lucha por un mundo más justo, que sólo se construye en la resistencia a un sistema económico salvaje. La pregunta es cómo honrar en la memoria de Irma, cómo hacerle justicia a su entrega y compromiso. Y la respuesta no es otra que empeñarnos en la reconstrucción de ese tercer vínculo, que no es otro que, la solidaridad con los que luchan, con los excluidos, los negados, los desocupados, los explotados, los que reclaman más justicia.

Somos todavía un montón de compañeros en tierras desoladas que necesitamos unirnos desde la diversidad, que necesitamos recuperar el espacio que nos ha sido arrebatado.

Ese es el único sentido de este homenaje.

Gracias.